

Tiempo y Eternidad

José Manuel Otaolaurruchi, L.C.

La Iglesia está de aniversario

La Iglesia está de fiesta porque estamos a punto de cumplir 50 años de la apertura solemne del Concilio Vaticano II y el documento fundamental es sin duda la constitución dogmática *Lumen Gentium* que desarrolla de modo sistemático la doctrina sobre la Iglesia. Con este motivo, el Papa Benedicto XVI ha promulgado para el próximo 11 de octubre, fecha exacta del aniversario, el año de la fe para celebrar y sobre todo, para ahondar en los documentos conciliares.

Este evento nos tiene que ayudar a renovar nuestro amor por la Iglesia, sacramento de salvación instituido por Cristo, Hijo de Dios, para llevar la gracia de la redención a todos los hombres que la quieran recibir.

Cuando pensamos en la Iglesia nos viene a la mente distintas imágenes, como la del evangelio de este domingo que nos presenta a Jesús como el buen pastor que da la vida por sus ovejas. La Iglesia es nuestro hogar, en ella nos encontramos seguros porque sabemos que Dios al encarnarse y al nacer en Belén, se quiso quedar con nosotros en la Eucaristía para estar siempre a nuestro lado. “Aunque camine por valles oscuros, nada temo porque tú vas conmigo”. Cuando nos ponemos de rodillas ante el Sagrario, de inmediato experimentamos paz y consuelo, las penas y las dificultades toman otra dimensión con sólo mirar a Cristo crucificado. Sólo con Jesús puedo hablar de corazón a Corazón con quien sabemos que nos ama, que nos conoce y que nos da la fuerza para no desfallecer.

La Iglesia es mi Madre, porque me ha dado la vida en el sacramento del bautismo, me alimenta con la Palabra de Dios y con la Eucaristía, me santifica en el matrimonio o el sacerdocio, me cura del pecado con la confesión y finalmente me unge y consuela en la hora final con el viático y la unción de enfermos. Ella es madre y maestra porque me enseña a recorrer el camino que conduce al bien y a la felicidad.

La Iglesia es la casa de Dios. Ella es mi patria espiritual. Nada de cuanto la afecte me deja indiferente o desinteresado. Echo raíces en su suelo, me formo a su imagen, me solidarizo con su experiencia. Soy fecundo en la medida en que permanezco unido a la vid. Por medio de ella, y sólo por medio de ella, participamos de la estabilidad de Dios. Aprendemos de ella a vivir y a morir. A una madre no se le juzga, sino que uno se deja guiar por ella.

Podemos concluir con una sencilla plegaria: “Concédenos, Señor, amar a la Iglesia con entrañable ternura, respetarla con acusada fidelidad, extenderla con ardorosa pasión, y defenderla con nuestro propio testimonio”. ¡Dichosos aquellos que han aprendido a amar y admirar a la Iglesia como a una Madre!

twitter.com/jmotaolaurruchi